

Prosa poética

CATALINA HERRERA RAVINET

Facultade de Humanidades
Universidade de Santiago de Compostela

MEMENTO

Escuché una vez las campanadas.

Eran doce, diez, nueve, ochosieteseis, cinco, cuatro, tres...

dos...

uno...

ceró.

Resonaban como nunca me imaginé, haciendo eco en las rocas cercanas y *haciéndose* eco de los milenios que habían pasado desde que un herrero fundió el bronce para construir las campanas.

Escuché sus historias, las plegarias, los llantos, las celebraciones, los ríos de alegrías. Más que un río, aquello era un torrente sin fin.

Un ir y venir de voces con palabras ominosas.

Escuché esa onomatopeya tan característica del metal cóncavo a cientos de pies de altura. Nunca me imaginé que las aves, al huir del sonido del tiempo, formarían una flecha con su vuelo.

O quizás era una aleta. No lo sé. Tendría que volver a verlas para saberlo con certeza.

Vi todo eso desde un balcón, con el sol naciente haciendo destellos en la ventana a mi espalda y en mi taza de café. Claro que tampoco estoy muy segura de que fuesen realmente doce los tañidos bronceos. Los recuerdos, como la pintura seca en un pincel mojado en aguarrás, se diluyen con el tiempo.

De lo que sí estoy segura es de que no era Un balcón, con u mayúscula; no era uno cualquiera. Era el de esa pensión a las afueras de un pueblo sin nombre propio, pero con muchos apelativos, algunos más cariñosos que otros.

También estoy segura de que no estaba sola, de que estabas detrás de esos ventanales soleados, durmiendo. Podía oír, entre campanada y campanada, tu respiración. Una cada ciertos segundos. Casi al mismo tiempo que el tamborileo de mis dedos sobre el exterior de la taza. No estaba nerviosa, ni inquieta; simplemente era incapaz de tener todo mi cuerpo estático a la vez.

Ahora que lo pienso mejor, ya no estoy segura de haber escuchado las campanadas desde una pensión en ese pueblo. Empiezo a creer que sólo estaba sentada fuera de una tienda de campaña, junto a la fogata ya extinta.

Tampoco creo que estuvieses ahí de verdad. Sospecho que, nuevamente, fue un delirio, uno por cada grano de arena del reloj de la chimenea que no veo.

Puede que ni siquiera oyese las campanadas desde la tienda. La memoria me juega malas pasadas a veces y me hace ver maravillas arquitectónicas donde solamente había ruinas, piedra desgastada y cristales rotos por los años.

Estaban rotos. Sí, ahora me acuerdo. Me enterré una esquirra del rosetón en el pie cuando intentaba acercarme para viajar al pasado.

Hojas muertas del otoño. Eso sí lo sé. Humus entre los dedos y los caminos de antaño cubiertos por el presente. Veía a los feligreses. Veía los muros derruidos. Veía el reloj. Veía el polvo.

Veía lo que, al fin y al cabo, no podré ver.



John William WATERHOUSE, *Julieta o El collar azul* (1898).

INDICATIVO DE RAÍZ

Porque somos poco, y, al mismo tiempo, somos tanto.

Somos el dolor que nos revienta por dentro, y somos el eco de una carcajada.

Somos el barro que cubre las suelas de nuestros zapatos, y los adoquines que estos pisan.

Somos un tópico; somos diferentes. Somos la tradición, somos vanguardia.

Somos el doremi de un arpeggio inacabado, y los cinco minutos de silencio mal ganado.

Somos una rima asonante y caótica, somos el soneto descompuesto en versos y desprecios.

Somos la tinta, somos la tiza; somos una hoja en blanco, y un testamento marchito.

Somos capitanes, somos polizones, somos poetas ya eméritos.

Somos una tonadilla, somos un himno.

Somos un párrafo en punto y coma, somos

el más raro de los encabalgamientos.

Búscate un atributo: Nosotros ya lo(s) somos.



Edward BURNE-JONES, *Amor entre las ruinas* (1894).